

Mi abuela

Ya llegan *los de junio* y aún las lluvias y el oscuro cielo quedan tras mi ventana.

¡Cómo echo de menos el campo!, sus atardeceres y el respirar aire fresco sobre la tierra mojada.

Parece que sólo hubieran pasado horas, pero la realidad me desvela que han pasado varios meses confinados en una vivienda de Fuengirola.

Ayer hablé con mi abuela y le pedí que me contara anécdotas e historias de su pueblo, que también es el mío. Ella estaba encantada, la pobre ha estado sola todo este tiempo, por ello ha tenido suficiente periodo para meditar, recordar y añorar las experiencias que la vida le ha ido ofreciendo a lo largo de sus vivencias.

Me contó que por esta época anual, ya cuando las festividades de Mayo habían concluido y el pueblo y la vida volvían a la *normalidad*, las gentes se reunían en torno a las puertas a *tomar el fresco*. Esto lo hacían al caer el sol, cuando ya habían concluido sus faenas diarias y previamente a la cena. Hablaban y hablaban, conversaban y se asesoraban, se divertían y reían, se contaban penas y lloraban,... vecindad y amistad se unían en aquellos momentos.

Hablaban de todo y de *tod@s*, pasaban un rato agradable.

Me contó que en Junio, los hombres en el Casino planifican los días y horas de actuación de la Cosechadora en sus tierras. Y que durante un periodo hacían las recolecciones de trigo, alfalfa y otros cereales de sus campos, las cuales llevaban a la cooperativa agraria para comercializarlas.

También me contó que, aunque ya las mujeres no lavaban ni en el lavadero público ni en la orilla del río, como el agua corriente no era suficiente en los hogares tenían que traerla desde la Fuente de la Plaza o sacarla del Pozo comunal que estaba al final de la calle. La traían en cántaros y vasijas de barro, las vertían sobre los lebrillos y barreños de arcilla donde colocaban su propio lavaderos y frotaban la ropa hasta dejarlas *inmaculadas*. Luego las tendían en los patios en los cordeles, donde el aroma floral de los geranios le proporcionaba el olor de suavizante natural.

También me contó mi abuela que esta tarde había *fregado* el metal y yo le pregunté, qué eso que era. A lo cual ella me respondió que había sacado brillo a los cacharros de cobre y bronce que tenía en su casa, que eran entre otros un velón, un paragüero, varios platos, los utensilios de la chimenea (que para mi abuela no se llama chimenea sino *Chupón*), los cacharritos de decoración”del portal de en medio (segundo portal de la casa después de la cancela) y los candelabros del comedor.

También me ha contado que lleva un par de semanas bordando. Yo le he preguntado “¿qué?”; ella me ha dicho que lleva varios años haciendo, cosiendo y bordando en punto de cruz el ajuar mío y de mis primas. Al parecer nos está haciendo juegos de sábanas, toallas y manteles para que cuando nos independicemos y/o nos casemos, los tengamos. Me mandó fotos y son preciosos, verdaderas artesanías.

Uhhh!!!, vaya tela lo que da un puñado de recuerdos y una conversación con la abuela.

Yo, me he reunido de nuevo con ella, aunque sea en la distancia, me he reencontrado con un pueblo y con unas tradiciones que quizás no sabía que existían.

Pero lo más importante es que necesito y quiero volver a estar con MI ABUELA.

